

de destronarle es uno mismo, no tiene más formas el uno que el otro. El proceso del tirano es la insurrección, su juicio es la caída de su poder, y su castigo es el que exige la libertad del pueblo. Los pueblos lanzan el rayo, hé ahí su decreto; no condenan á los reyes, pero los suprimen y los reducen á la nada. ¿En qué república fué litigiosa la necesidad de castigar á los reyes? ¿Fué llamado á juicio Tarquino? ¿Qué hubiera dicho Roma si los ciudadanos se hubiesen declarado sus defensores? ¿Y nosotros llamamos abogados para defender la causa de Luis XVI? Podrá llegar el día en que tengamos que concederles coronas cívicas, porque si defienden una causa pueden tener esperanza de hacerla triunfar; de otro modo, sólo presentaríamos al universo una ridícula comedia de justicia. (*Aplausos*). ¡Y nos atrevemos á hablar de república! ¡Ah! ¡Somos tan sensibles para los oprimidos porque no tenemos entrañas para los oprimidos! ¿Qué república es aquella á la que sus fundadores encausan, y á la que ellos mismos suscitan adversarios para que se atrean á atacarla en su cuna? Hace dos meses, ¿quién hubiera podido sospechar siquiera que se hablaría aquí de la inviolabilidad de los reyes? Y hoy un miembro de la Convención nacional, el ciudadano Petion, os presenta esa idea como el objeto de una deliberación. ¡Oh crimen! ¡Vergüenza! La tribuna del pueblo francés ha resonado con el panegírico de Luis XVI. Luis aún combate contra nosotros desde el fondo de su calabozo, ¡y preguntais si es culpable y si se puede tratarle como enemigo! ¿Permitis que se invoque en su favor la Constitución? Si es así, la Constitución os condena, porque os prohibía destronarle. ¡Id, pues, á los pies del tirano á implorar su perdón y su clemencia!...

»Pero se presenta una nueva dificultad. ¿A qué pena le condenaríamos? Uno dice: «La pena de muerte es demasiado cruel». «No,—dice otro,—la vida es aún más cruel; es necesario condenarle á vivir.» Abogados, ¿es por compasión ó por crueldad por lo que le quereis sustraer á la pena de sus crímenes? Por mí, aborrezco la pena de muerte, y no tengo por Luis XVI ni amor ni odio; sólo aborrezco sus crímenes. He pedido la abolición de la pena de muerte en la Asamblea constituyente, y no es mi culpa si los primeros principios de la razón han parecido herejías morales y judiciales; pero vosotros, que jamás pensásteis en reclamar esta abolición del suplicio en favor de los desgraciados cuyos delitos son individuales y perdonables, ¿por qué fatalidad os acordais de vuestra humanidad para abogar por la causa del mayor de los criminales? ¿Pedis una excepción á la pena de muerte para el único que puede legitimarla!... ¡Un rey destronado en el seno de una revolución que aún no está cimentada! ¡Un rey cuyo solo nombre atrae sobre la nación la guerra extranjera! ¡Ni la prisión ni el destierro pueden hacer inocente su existencia! Pronuncio con sentimiento esta verdad fatal: más bien debe morir Luis que cien mil ciudadanos virtuosos. Luis debe morir, porque es preciso que la patria viva.»

Interrumpido por siniestros aplausos el discurso de Robespierre, cayó en la opinión como un peso de hierro en la balanza. La elocuencia y el atrevimiento del sofisma admiraron é inclinaron las convicciones; se envanecían con ser implacables como la necesidad y omnipotentes como la naturaleza. Se colocó á la nación en el lugar de la Providencia, y se creyeron autorizados á decretar en su nombre. Se engañaron: el derecho de las naciones sólo se compone del conjunto de todos los que cada uno de los miembros de la nación tiene en sí mismo, y ningun hombre

tiene derecho para inmolar á otro sino en el combate ó en el juicio. Robespierre, en sus majestuosos axiomas, no sólo ponía al rey fuera de la ley, sino que le ponía fuera de la naturaleza, y en esta invocación magnífica pero errónea al derecho natural, el elocuente sofista no veía sin duda que daba á todo ciudadano la facultad de armarse de la cuchilla y herirle á él mismo, desarmado y no juzgado, del derecho de su doctrina ó de su cólera. Confundía la insurrección con el asesinato, y el derecho de combatir con el derecho de inmolar.

En una de las sesiones que siguieron á este discurso propuso Buzot la pena de muerte contra cualquiera que tratase de restablecer el trono, fuese bajo cualquier forma. La alusión que hacían estas palabras al proyecto de dominio de Robespierre y de los jacobinos excitó un violento tumulto, que se apaciguó como siempre, echando sobre el rey solo el furor de todos los partidos. Buzot pidió que ántes de todo se oyese al rey, aunque no fuese más que por conocer sus cómplices. Su gesto y su sonrisa indicaban á Robespierre y á Danton.

Continuó Ruhl la lectura de su relación sobre los papeles hallados en el armario de hierro. Una de las piezas de aquella correspondencia contenía una consulta secreta del rey á los obispos de Francia, para preguntarles si podía aprovecharse de los sacramentos en las fiestas conmemorativas de la muerte y de la resurrección de Cristo. «Acepté—les decía—la funesta Constitución civil del clero; siempre miré esta aceptación como forzada, firmemente resuelto, si vuelvo á adquirir mi poder, á restablecer el culto católico.» Los obispos le respondieron amonestándole severamente é interdiéndole las prácticas santas hasta que se hubiese lavado con muchas reparaciones meritorias del crimen de haber contribuido á la revolución. Se pidió que las cenizas de Mirabeau, convencido de venalidad por aquellos mismos papeles, fuesen sacadas del Panteón. «Juzgad, si quereis, su memoria,—dijo Manuel;—pero no le condeneis sin oírle.» Camilo Desmoulins interpeló á Petion y le intimó declarase por qué, como alcalde de Paris, no había asistido al cortejo fúnebre de Mirabeau. «Siempre he estado convencido—respondió Petion—de que Mirabeau reunía á sus grandes talentos una profunda inmoralidad. Creo que cuando Lafayette engañaba al pueblo, Mirabeau tenía relaciones culpables con la corte. Creo que ha recibido de Talon una suma de cuarenta y ocho mil libras; pero cualesquiera que sean los indicios y la persuasión en que estoy de estos hechos, no tengo pruebas. Se ha visto un plan de Mirabeau para que el rey marchase á Rouen. Es cierto que iba con frecuencia á Saint-Cloud, y que había allí conferencias secretas. Por estos motivos no asistí á los honores que se le hicieron.»

## VII

Agitado el pueblo entre tanto por el temor de la escasez y de la invasión, se impacientaba con la lentitud de la Asamblea y se reunía en grandes grupos á sus puertas, diciendo que ni el trigo se presentaría en los mercados ni la victoria en las fronteras hasta que la muerte de Luis XVI hubiese expiado sus maldades y quitado la esperanza á los logreros y á los conspiradores. Grupos tumultuosos fueron á las inmediaciones del Temple, y amenazaron con forzar la prisión para sacar de ella á los prisioneros, y estas agitaciones sirvieron de pretexto al partido de Robespierre para pedir el fallo sin juicio y la muerte inmediata.

La Convención nombró veintiun miembros para redactar las preguntas que se

debían hacer á Luis XVI, y su acta de acusacion. Decidió además que el rey se presentaría en la barra para oír la lectura de aquella acusacion, que se le darían dos días para responder á ella, y que al día siguiente en que hubiese comparecido y respondido, se decidiría sobre su suerte por llamamiento nominal de todos los miembros presentes.

Lanzándose Marat á la tribuna despues de la lectura de este decreto, denunció á Roland y á sus amigos de causar sistemáticamente el hambre del pueblo, para de este modo hacer que cometiese excesos; y despues, volviéndose inopinadamente hácia Robespierre y Saint-Just, dijo: «Se trata de que los patriotas de esta Asamblea tomen medidas inconsideradas pidiendo que votemos por aclamacion la muerte del tirano. Pues yo os invito á la mayor calma. Es necesario resolver con prudencia». La Asamblea se admira, los diputados se dirigen unos á otros miradas que indican la duda de lo mismo que han oido. Marat, levantando más la voz, continúa con gravedad: «Sí, no preparemos á los enemigos de la libertad el pretexto de las calumnias atroces que harían llover sobre nosotros si nos abandonásemos con respecto á Luis XVI al solo sentimiento de nuestra fuerza y de nuestra cólera. Para conocer los traidores, porque los hay en esta Asamblea (*Muchas voces: ¡Nombradlos!*), para conocerlos con certeza, os propongo un medio infalible, que es que se publique el voto de todos los diputados sobre la suerte del tirano». Los aplausos de las tribunas no cesan hasta que Marat vuelve á su asiento.

Con motivo de la denuncia de un tal Aquiles Viard, aventurero que buscaba su importancia en las relaciones equívocas con todos los partidos, Chabot acusó á los girondinos, y especialmente á madama Roland, de entenderse con Narbona, Malouet y otros constitucionales refugiados en Lóndres para salvar al rey ó intimidar á la Convencion con una reunion de diez mil republicanos moderados que no querían la muerte del tirano. Esta conspiracion imaginaria, soñada por Chabot, Bazire, Merlin y algunos otros miembros exaltados del comité de vigilancia de la Convencion, ocasionó una escena de invectivas entre los dos partidos, en la que las palabras, los gestos y las miradas envilecieron la dignidad de los representantes de la república al nivel del tumulto más abyecto.

La lengua cambió desde aquel día como las costumbres, tomó la aspereza y la trivialidad, que es la corrupcion del pueblo, en vez de la blandura y la afectacion, que es la de las cortes. La cólera de los partidos reunió para ultrajarse mutuamente los términos innobles empleados por el populacho. El pugilato habia reemplazado á la espada, y el cercano cadalso se presentaba en las amenazas de los oradores. La sangre de Setiembre perdía su color en las discusiones. «¡Son imbéciles, bribones, infames!»—exclamó Marat, señalando con el dedo á Grangeneuve y sus amigos. «Antes de todo,—dice Grangeneuve,—te pregunto: ¿qué pruebas tienes tú de mi infamia?» Las tribunas toman partido por Marat, y se levantan, llenando de imprecaciones á los girondinos. «Haced mirar en el lado derecho—dice Montaut—si aún no están allí Ramond ó Cazales.» «Yo me atrevo á probar—contesta Louvet—que Catilina está en el vuestro.» «Los hombres puros no temen la luz»,—dice Marat. «Ni se ocultan en los subterráneos»,—le responde Boileau. Se decidió que dos comisarios acompañarian á Marat á su residencia para asegurarse de que no alteraría las piezas bases de su denuncia. Se designa para esta mision á Tallien, amigo de Marat, y á Buzot, su enemigo. «No creo—dice Buzot

con un gesto y un acento de desprecio—que la Convencion tenga el derecho de mandarme ir á casa de Marat.»

## VIII

Madama Roland, llamada por la Convencion para ser careada con su acusador Viard, se presenta en la barra en medio de estos tumultos y de estos ultrajes.



Saint-Just.

El aspecto de una mujer jóven, bella, jefe de un partido, reuniendo en sí las seducciones de la naturaleza al prestigio del genio, avergonzada y altiva á la vez de un papel que le daba tanta importancia en la república, inspira el silencio, la decencia y la admiracion en la Asamblea. Madama Roland se explica con la sencillez y la modestia de una acusada segura de su inocencia, y que desdeña confundir á su acusador por otros medios que por el brillo de la verdad. Su voz conmovida y sonora tiembla en medio del atento y favorable silencio de la Asamblea. Aquella voz de mujer, que por primera vez sucede á los roncós clamores de hombres irritados, y que parece dar una nota nueva á los acentos de la tribuna, añade un encanto más á la graciosa elocuencia de sus expresiones. Viard, convencido de impudencia, calla, y los aplausos absuelven y vengán á madama Roland, que sale

de la Convencion en medio de las muestras de respeto y de entusiasmo. Todos los diputados se levantan é inclinan á su paso, y ella lleva en su alma y muestra involuntariamente en su actitud la secreta alegría de haber comparecido en medio del senado de su patria, de haber fijado un momento los ojos de Francia, vengado á sus amigos y confundido á sus contrarios. «¿Ves este triunfo?—decia Marat á Camilo Desmoulins, sentado cerca de él en la sala.—Estas tribunas que quedan frias, este pueblo que guarda silencio, son más prudentes que nosotros.» El mismo Robespierre despreció la ridícula conspiracion soñada por Chabot, y sonrió por última vez á la inocencia y á la belleza de madama Roland.

## IX

Los girondinos á su vez quisieron eludir el proceso del rey y desafiar á los jacobinos, proponiendo la expulsion del territorio de todos los miembros de la casa de Borbon, y particularmente del duque de Orleans. Buzot se encargó de proponer este ostracismo. «Ciudadanos,—dijo,—el trono está derribado, bien pronto el tirano no existirá; pero el despotismo vive todavía. Como los romanos, que despues de haber echado á Tarquino juraron no sufrir jamás reyes en su ciudad, vosotros debeis á la seguridad de la república el destierro de la familia de Luis XVI, y si pudiera hacerse alguna excepcion, sin duda que no sería en favor de la rama de Orleans. Desde el principio de la revolucion, el duque de Orleans fijó las miradas del pueblo; su busto, paseado por las calles de Paris el mismo dia de la insurreccion, presentaba un nuevo ídolo. Bien pronto fué acusado de proyectos de usurpacion, y si es verdad que no los haya concebido, al ménos parece que existian y que se cubrieron con su nombre. Una fortuna inmensa, íntimas relaciones con los grandes de Inglaterra, el nombre de Borbon para las potencias extranjeras, el de Igualdad para los franceses; sus hijos, cuyo juvenil y ardiente valor puede fácilmente ser seducido por la ambicion, es demasiado para que Felipe pueda existir en Francia sin alarmar la libertad. Si la ama, si la ha servido, que concluya su sacrificio y nos libre de la presencia de un descendiente de los Capetos. Pido que Felipe, sus hijos, su mujer y su hija sufran en otra parte, y no en la república, la desgracia de haber nacido cerca del trono, de haber conocido sus máximas, recibido sus ejemplos, y de llevar un nombre que puede servir de bandera á los facciosos, y que no debe herir los oidos de un hombre libre.»

Esta proposicion, apoyada por Louvet, combatida por Chabot, aceptada de nuevo por Lanjuinais, y sospechosa para Robespierre, agitó algunos dias la Convencion y los Jacobinos, y se aplazó, por lo concerniente al duque de Orleans, hasta despues del proceso del rey. Los girondinos, al hacer esta proposicion, tenian un doble objeto: querian por un lado acreditarse en el partido violento, adulando la pasion del pueblo y hasta su ingratitud por un ostracismo más severo y más completo que el del rey solo; querian ademas hacer recaer sobre Robespierre, Danton y Marat la sospecha de una connivencia secreta con el trono futuro del duque de Orleans. «Si esos demagogos le defienden,—decian,—pasarán por sus cómplices; si le abandonan, tendrémós en la Convencion su voto, su persona, su fortuna y su faccion ménos contra nosotros.» Petion, Roland y Vergniaud parecia que abrigaban aún otro sentimiento: el de intimidar á los jacobinos sobre

la suerte del duque de Orleans, y hacer de su destierro un objeto de negociacion con Robespierre para obtener en cambio la concesion de apelar al pueblo y de la vida del rey.

Pero estas impotentes divisiones extraviaban, sin suspenderla, la pasion dominante, que siempre se dirigia al Temple. Miéntras que los comisarios nombrados por la Convencion llenaban cerca del rey la mision que el decreto les habia encomendado, Robert Lindet, diputado del Eure, una de esas manos que redactan con impasibilidad y sangre fria lo que las pasiones inspiran á los cuerpos políticos, leyó una segunda acta de acusacion. Decidido el proceso, se disputaba ya sobre la medida de la *apelacion al pueblo*. Los girondinos insistian en pedir la revision del juicio despues del proceso; los sostenian en esta opinion todos aquellos miembros de la Convencion que, sin pertenecer á ninguno de los dos partidos beligerantes, querian negar á la cruel venganza de la república una sangre que no se creian con derecho á derramar, y de la que aquella no estaba sedienta. Sus discursos, acogidos miéntras los pronunciaban por los sarcasmos y los gestos amenazadores de las tribunas, se perdian en el clamor general; pero debian hallar más tarde un eco honroso para su nombre en la conciencia del pueblo mismo, cuando ya estuviese tranquila. Esperar es toda la venganza de la verdad.

Al votar la muerte como castigo de los *crímenes* de Luis XVI, Buzot reservó tambien la apelacion al pueblo. «Estais colocados entre dos escollos, lo sé,—dijo á sus colegas:—si rehusais la apelacion al pueblo, tendreis un movimiento en los departamentos contra la ejecucion de vuestra sentencia; si la concedeis, habrá un movimiento en Paris, y los asesinos intentarán degollar sin vosotros á la víctima. Pero el que los malvados puedan asesinar á Luis XVI, no es una razon para que nosotros aceptemos la responsabilidad de su crimen. En cuanto á los ultrajes que en este caso nos alcanzarían, aunque yo debiese ser la primera víctima de los asesinos, no me faltará valor para decir la verdad, y tendré al morir la esperanza de que mi muerte será vengada. Hombres justos, dad vuestro voto en conciencia respecto á Luis, y así llenareis vuestro deber.»

En otro discurso, Robespierre acusó á los girondinos de que querian perpetuar el peligro de la patria, prolongando un proceso que querian hacer fallar por cuarenta y ocho mil tribunales. Despues, dejando la cuestion para coger cuerpo á cuerpo á sus enemigos y volver contra ellos la indulgencia que mostraban por el tirano, exclamó al concluir: «Ciudadanos, os ha dicho una gran verdad el que os dijo ayer que marchábais á la disolucion de la Asamblea por la calumnia. ¿Necesitais más pruebas que esta discusion? ¿No es evidente que no es á Luis XVI á quien se forma causa, sino á los más ardientes defensores de la libertad? ¿Se clama contra la tiranía de Luis XVI? No, sino contra la pretendida tiranía de un pequeño número de patriotas oprimidos. ¿Son los complots de la aristocracia los que se denuncian? No; es la llamada dictadura de no sé qué diputados del pueblo que están ahí prontos á contemporizar con la tiranía. Se quiere conservar al tirano para oponerle á los patriotas sin poder. ¡Pérfidos! Disponen de toda la autoridad pública, de todos los tesoros del Estado, y nos acusan de despotismo. No hay un punto en la república donde no nos hayan infamado. Agotan el tesoro público para difundir sus calumnias, violan el secreto de la correspondencia para detener toda la de los patriotas, y gritan ¡calumnia! Sí, sin duda, ciudadanos, existe un

proyecto de envilecer y quizá de disolver la Convencion con motivo de este proceso; existe este proyecto, no en el pueblo, no en aquellos que como nosotros lo han sacrificado todo á la libertad, sino en una veintena de intrigantes que hacen mover estos resortes, que guardan silencio, que se abstienen de manifestar su opinion sobre el último rey, pero cuya sorda y perjudicial actividad produce todos los tumultos que nos agitan. Pero consolémonos, la virtud siempre estuvo en minoría sobre la tierra. (La Montaña se levanta con entusiasmo, y los aplausos de las tribunas interrumpen largo tiempo á Robespierre). La virtud estuvo siempre en minoría sobre la tierra... y sin ella estaria la tierra poblada de tiranos y esclavos. Hampden y Sidney eran de la minoría porque espiraron en un cadalso. Los Césares y los Clodios eran de la mayoría; pero Sócrates de la minoría, porque bebió la cicuta. Caton de la minoría, porque desgarró sus entrañas. Yo conozco muchos hombres aquí que servirían la libertad del modo que Hampden y Sidney. (*Aplausos en las tribunas*). Pueblo, — continúa Robespierre, — evítanos al ménos esta especie de desgracia, guarda tus aplausos para el dia que hayamos hecho una ley útil á la humanidad. ¿No ves que aplaudiéndonos das á nuestros enemigos pretextos de calumnia contra tu causa sagrada que nosotros defendemos? ¡Ah! Huye del espectáculo de nuestros debates, quédate en tus talleres; léjos de tu vista no combatirémos ménos por tí; y cuando el último de tus defensores haya perecido, entónces véngale si quieres y encárgate tú mismo de hacer triunfar tu causa. Ciudadanos, cualesquiera que seais, velad en torno del Temple. Detened, si es necesario, la pérvida malevolencia. Confundid los complots de vuestros enemigos. ¡Fatal depósito! — continuó con un gesto de desesperacion. — ¿No era bastante que el despotismo hubiese pesado tanto tiempo sobre la tierra? ¿Es necesario que su custodia sea para nosotros otra calamidad?»

Robespierre calló, dejando en los ánimos el último dardo que habia lanzado, y la impaciencia de terminar con una muerte pronta la situacion que pesaba sobre la república.

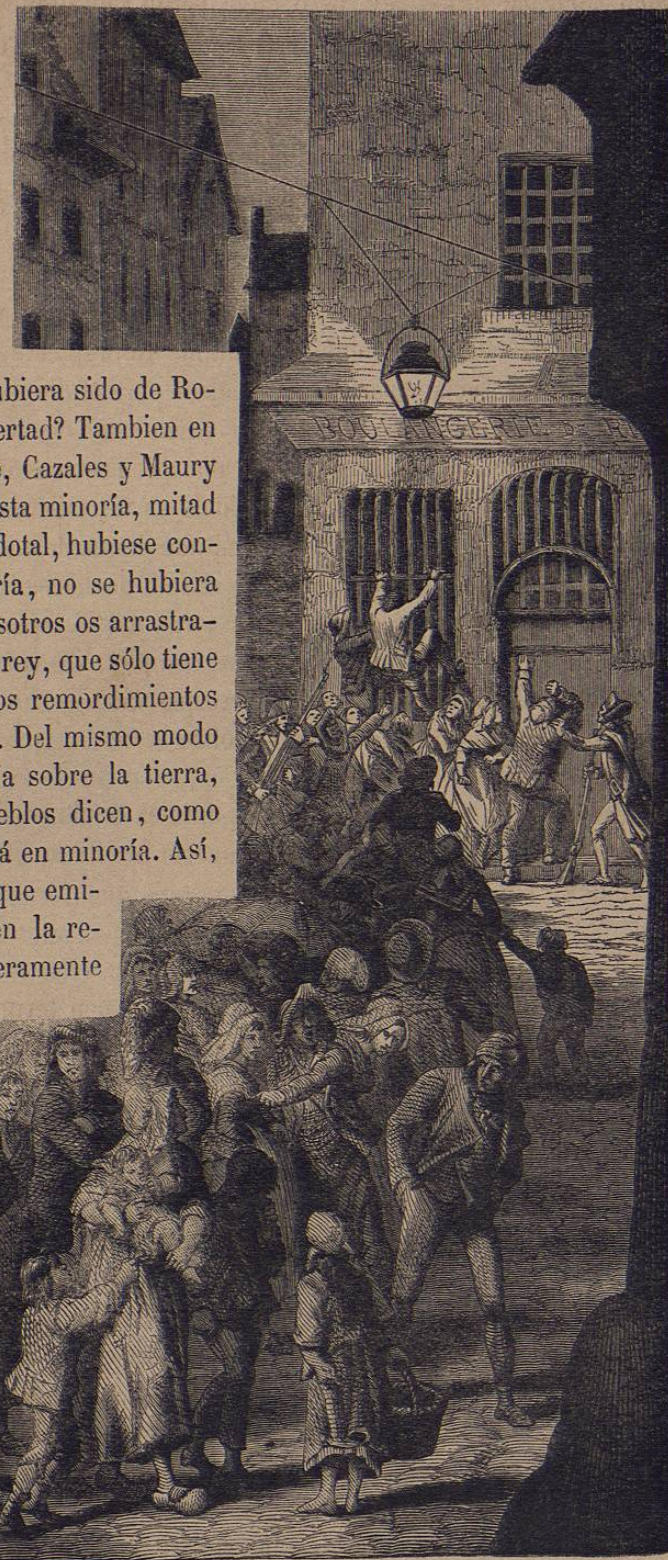
## X

Vergniaud, cuyo silencio habia acusado bien terminantemente Robespierre, Vergniaud, decimos, estaba indeciso entre el temor de producir disensiones irreconciliables, y el horror que le inspiraba el inmolar á sangre fria un rey á quien habia abatido. Este orador no concedia nada á la emocion, á la ambicion ni al miedo. Tenia en sí aquel poder de genio que se eleva hasta la imparcialidad, y lo veía todo bajo el punto de vista de la posteridad. Cedió en fin á las súplicas de sus amigos, á la urgencia del próximo suplicio, al grito de su sensibilidad, y pidió la palabra. La atencion pública le preparaba los ánimos, y las tribunas, aunque vendidas á Robespierre, sentian al ménos una especie de emocion involuntaria con la voz de su rival. Paris palpitaba con la impaciencia de oír á Vergniaud. Miéntras éste guardó silencio, se creia que grandes cosas estaban por decir.

Después de haber demostrado que el poder de la Convencion no era más que una delegacion del poder del pueblo; que si la ratificacion tácita de la nacion sancionaba los actos secundarios de gobierno y administracion, no sucedia lo mismo con los grandes actos constitucionales, para los que el pueblo se reservaba el ejercicio directo de su soberanía; después de haber probado que la condenacion ó la

absolucion, el suplicio ó la gracia del jefe del antiguo gobierno, era uno de estos actos esenciales de soberanía que la nacion no podia enajenar; en fin, después de haber hecho resaltar lo inútil de las objeciones que se oponian á las asambleas primarias, á quienes se diferiria la apelacion al pueblo, el orador girondino se volvió con todo el poder de su dialéctica y de su pasion contra Robespierre.

«Os dicen que la intriga salvará al rey, porque la virtud nunca tiene mayoría en la tierra. Pero Catilina fué una minoría en el senado romano, y si esta minoría insolente hubiese prevalecido, ¿qué hubiera sido de Roma, del senado y de la libertad? Tambien en la Asamblea constituyente, Cazales y Maury fueron una minoría, y si esta minoría, mitad aristocrática, mitad sacerdotal, hubiese conseguido ahogar la mayoría, no se hubiera hecho la revolucion, y vosotros os arrastraríais aún á los piés de ese rey, que sólo tiene de su pasada grandeza los remordimientos de haber abusado de ella. Del mismo modo los reyes están en minoría sobre la tierra, y para encadenar los pueblos dicen, como vosotros, que la virtud está en minoría. Así, en el pensamiento de los que emiten esta opinion no hay en la república nombres verdaderamente



Carestía en Paris. — El pueblo á las puertas de las panaderías. — Pág. 242.